

El recuerdo de Carlota perturbaba todavía a Goethe, cuando este suicidio le arrancó de su sueño, y le obligó a descender con espanto al fondo de su alma, donde dormía aún, pronta a renacer, la pasión que juzgó sofocada.

Entonces compuso el *Werther*, terminando la historia con el suicidio de Jerusalén. Así quedó libertado de su tortura. El poeta exorcizó al demonio que le poseía con aquella confesión. Corriendo los años, siempre que veía a alguien inquieto o triste, recordaba cómo había escrito *Werther* para librarse de aquel peligroso sentimiento. «Haced lo que yo—decía;—echad al mundo el ser que os atormenta, y os juro que no os dolerá más en las entrañas.»

Una de las más usadas prácticas de la brujería en la Edad Media, consistía en maleficar en imagen. Quien

deseaba la muerte a su enemigo, modelaba su efigie en barro o en cera y luego le pasaba el corazón de una puñalada murmurando palabras mágicas.—Lo propio hizo Goethe consigo mismo y con el desesperado amante que hubiera podido ser, cuya imagen le ofrecía Jerusalén. De su exagerado amor, manchado de ajena sangre, formó a Werther, y no, en verdad, con inerte materia, sino con la cálida substancia de su corazón. Una vez creado el personaje, le pasó de un golpe, pronunciando maravillosas palabras, y desembarazado de este enemigo interior, tranquilo y libre, emprendió luego su viaje hacia su glorioso destino.

Del libro *Las mujeres de Goethe*, por PAUL DE SAINT-VICTOR. De venta en la librería LECTURA BARATA, de Falcó, Zedón & Cía.

La muerta

—Vaya—dijo Sowerberry, cogiendo el sombrero,—cuanto antes concluyamos será mejor. Noé, atención a la tienda; tú, Oliverio, ponte la gorra y sígueme.

El muchacho obedeció sin replicar, y siguió a su maestro, en el ejercicio de su profesión.

Caminaron algún tiempo a través del barrio más populoso de la ciudad, y bajando después por una callejuela estrecha, más sucia y miserable que las demás, detuviéronse al fin para buscar con la vista la casa a donde iban. En ambos lados de la calle, las casas eran altas y grandes, pero todas viejas y ocupadas por gente de la clase más pobre, como lo indicaba suficientemente su mismo aspecto, sin que para confirmar esta opinión fuese necesaria la presencia de ciertas personas que por allí andaban. Las más de las tiendas estaban herméticamente cerradas y en estado ruinoso, notándose que sólo en los pisos superiores vivía gente; algunas casuchas que amenazaban hundirse estaban apun-

taladas con gruesas vigas sólidamente sujetas en el suelo y las paredes, y sin duda debían servir para refugio de los vagabundos durante las noches, pues muchas de las tablas que cubrían las ventanas y las puertas habían sido arrancadas a fin de dejar una abertura suficiente para pasar el cuerpo. Por el arroyo corría un agua sucia y corrompida, y aun las mismas ratas que saltaban entre la basura estaban muy flacas.

En la puerta donde se detuvieron Oliverio y su amo no había llamador ni campanilla; pero Sowerberry deslizándose a tientas por un oscuro pasadizo, invitó a su aprendiz a seguirle sin tener miedo. Llegados al primer piso, halláronse frente a una puerta, a la cual llamó con suavidad el empresario de las pompas fúnebres.

Una muchacha de trece a catorce años abrió al punto; y comprendiendo Sowerberry, por el aspecto de la habitación que allí era donde tenía que ir, entró seguido de Oliverio.

En aquella habitación no había

